

El racismo como palimpsesto

Manuel Cuesta Morúa
 Historiador y politólogo
 La Habana, Cuba

Para mí es una obsesión, en el sentido positivo del término, la institucionalización del racismo. Repito algunas ideas con el convencimiento de que la repetición, parafraseando a los antiguos, es la madre de la sensibilidad social. Suele negarse, incluso por los que reconocen que en Cuba hay racismo, su carácter institucional. Y creo que la cuestión es distinguir qué se entiende por institucionalización. Los que asumen que en Cuba el racismo no es institucional lo hacen basados en una visión legalista, en la perspectiva de que es el derecho el que crea el hecho. Y claro está, partiendo de esta visión, no existe racismo en ninguna parte del mundo.

Mirado así solo se podría hablar de racismo, en la historia más contemporánea, en cuatro o cinco lugares desde el punto de vista del derecho, desde el punto de vista de la legalidad, desde el punto de vista de lo que dice la ley en relación con los ciudadanos que viven en un país y de su convivencia con el Estado. Mencionemos a los Estados Unidos en su momento, a Sudáfrica, a la Alemania nazi y Bosnia-Herzegovina, donde también estaba inscrito en la ley que los bosnios eran superiores a los kosovares.

Esa es una visión estrecha de la sociedad y de sus instituciones. Desde el punto de vista histórico, lógico y sociológico, las instituciones sociales no tienen que estar necesariamente reconocidas en el Derecho. Si creemos que la institucionalidad se crea por el Derecho nos perdemos, porque hay instituciones que el Derecho no reconoce y, sin embargo, existen. Por ejemplo: hay una institución en Cuba que se llama Brigada de Respuesta Rápida (eufemismo para los grupos paramilitares), pero que el Derecho no reconoce. Esta institución existe desde hace mucho tiempo y crea problemas humanos y sociales que imposibilitan instituciones sanas que definan, en un momento determinado, cuál debe ser la convivencia entre ciudadanos y Estado. Eso es una institución social. ¿La tiene que reconocer el Derecho? No. Si el Derecho la reconoce, como hizo la Alemania nazi con las llamadas Leyes de Nuremberg (que no deben ser confundidas con el Tribunal de Nuremberg), entonces hay un problema de legislación, hay un problema con la naturaleza del proceso legislativo que nos remite directamente a la naturaleza de la sociedad y a su condición aparente de modernidad.

La institucionalización del racismo desde los hechos sociales es más importante. Quienes

conocemos más o menos un país como el Reino Unido sabemos que estamos frente a un país sin constitución, pero lleno de instituciones. Un país de una institucionalidad muy vieja, en la que no hay nada escrito en una ley para determinar la convivencia entre los británicos. Y allí tenemos desde la institución de la Reina hasta el Té de la 5 de la tarde. Es a ese concepto al que yo me dirijo cuando hablo de institucionalización del racismo en la Cuba de hoy.

El asunto en Cuba viene desde nuestra historia memorial, porque desafortunadamente y afortunadamente los hechos sociales no los inventan los procesos políticos, que se alimentan de los hechos sociales, tergiversan los hechos sociales, les dan el curso que quieren, aprovechándolos, y los aceleran o retardan. Es a partir de esa sinergia con la historia y la tradición que los hechos políticos conectan con los hechos sociales anteriores para producir nuevos hechos sociales, pero no los crean *ex novo*, independientemente de que el proceso político mismo sea un hecho social. No obstante, la tesis de que el racismo en Cuba es tan viejo como su propia historia no exime de responsabilidad política al régimen actual por el racismo de hoy. Justamente porque no inventan nada, los hechos políticos adquieren plena responsabilidad con su pasado, su presente y su futuro, porque es a causa de su existencia que los hechos políticos intentan y logran fundar su legitimidad. El racismo de hoy es institucional por varias razones.

Al preparar este evento logramos captar en la ciudad una de las formas más evidentes y más claras del racismo institucional, que podríamos llamar racismo de imagen, recogido dentro del racismo cultural, la madre de todos los racismos posibles. Se puede ver, ahora mismo, a través de la publicidad en una tienda situada en uno de los lugares más conocidos de La Habana, ese racismo institucional de imagen. La tienda Almacenes Ultra está en una arteria his-

tórica: la calzada de Reina (Simón Bolívar) y podemos ver allí un anuncio publicitario de la empresa mixta Suchel Camacho SA., que celebra sus «20 años por la familia», que es su lema de campaña. En esa imagen se reflejan solo rostros blancos de tipo caucásico que, fenotípica y somatotípicamente, debe ser minoría entre los cubanos. No hay ni negros, ni mestizos, ni mulatos.

Un amigo que me acompañaba, impactado por esto, empezó a recorrer otras tiendas para ver si no estábamos en presencia de un contrato exclusivo entre Suchel Camacho SA. y Almacenes Ultra. Porque, ¿con qué familia está celebrando Suchel Camacho SA? La indagatoria no hizo más que confirmar la sociología racista de no pocas instituciones cubanas. La publicidad del ron Mulata nos vende una mujer morena, que parece casi andaluza, y la publicidad del perfume Alicia Alonso nos muestra a una francesa tipo Cannes (el racismo de esa otra institución que se llama Alicia Alonso es patológicamente público, tolerado y de vieja data). La Escuela de Peluquería de Ciudad de La Habana, en la intersección de las calles Neptuno y Perseverancia, muestra solo mujeres blancas, con peinados caucásicos, como modelos y pautas de belleza femenina. Ese arcaísmo estético reproducido en el siglo XXI, donde los patrones de belleza universales son mixtos y étnicos, refleja la dura corteza pública del racismo cultural cubano.

Las publicitarias y televisoras extranjeras utilizan siempre, cuando hacen publicidad a futuro, la imagen de un niño (quizá no lo que es, pero sí lo que se quiere) en términos culturales, en países multiculturales y diversos. Por eso muestran niños chinos, negros, blancos, indios, malayos, suecos... para recorrer toda la gama étnica y racial, y construir una auto percepción de futuro. Con

eso la imagen de la realidad se acerca a ella y se vislumbra con más nitidez, preparando a la cultura para la tolerancia, la aceptación de la diversidad y de la diferencia, y para la construcción del discurso ideológico posible.

La primera institucionalización del racismo en cualquier cultura es precisamente cultural. A partir de la imagen que se tenga de sí mismo y que los demás tengan de nosotros se funda el racismo. Si no hay una construcción cultural de una imagen no puede haber racismo institucional en el sentido estrecho, no puede haber racismo político, no puede haber racismo socio-económico en el sentido socio-cultural ni puede haber racismo en el discurso. Lo que algunos llaman racismo lingüístico es también el racismo del discurso que se construye a la hora de regular la convivencia. En Cuba el racismo discursivo empieza por la imagen, por esa imagen cultural que se instituyó en La Habana del siglo XIX, que utilizó claramente un hecho político como la Conspiración de la Escalera para desterrar un ámbito sociológico construido por nuestra modernidad socio-económica, que fundaba las bases culturales de Cuba. Esa es la primera manifestación del racismo, como parte del proyecto de nación pensado entonces, que todavía tenemos en Cuba y que se estructura en la imagen cultural del negro. Esa imagen cultural constituye en nuestro país la matriz de los restantes racismos institucionalizados.

Hace más o menos tres años rescatamos una imagen similar para esta sociología cultural del racismo. Se trataba de un anuncio publicitario del monopolio de la telecomunicación en Cuba: ETECSA. En una imagen corporativa se retrató a un grupo de trabajadores de su sede central: allí estaban representados los jóvenes, los hombres y las mujeres. No había una sola mujer ni un solo

hombre negros o mestizos. Lo curioso del caso es que mujeres negras, mestizas o mulatas están sentadas en todas las oficinas de ETECSA. El problema no es entonces que no estén presentes, sino que no están reflejadas. Ahí radica el núcleo institucional del problema. Precisamente ese racismo cultural reflejado en esa imagen corporativa permite que esas negras y mulatas estén trabajando allí. Se trata del espacio otorgado por el poder a esos otros que la auto percepción imaginaria construida por ese mismo poder no reconoce. Es la típica relación establecida por la erótica colonial, que reconocía a negras y mulatas en el cuarto trasero, a hurtadillas, pero sin otorgarles espacios en la gran sociedad.

En este caso el poder se expresa así: es hora de dar una cuota, mirar hacia abajo y darnos cuenta de que la política correcta exige cooptar, por imagen, aquello que no es reconocido por nuestro imaginario. Por eso es que se da la contradicción entre negros trabajando en ETECSA y la imagen que ETECSA tiene y quiere de sí misma. Y cuando el poder quiera cambiar la imagen, cambiará la realidad para adecuarla al imaginario. Realidad que va a cambiar rápido. El mensaje claro es: quien controla el imaginario controla la realidad. Y es posible que la imagen se adapte al imaginario, no el imaginario a la imagen. Algo que vemos con la política de ocupación en el turismo. Aquellos que no son necesarios o idóneos serán los nuevos sujetos del racismo en su búsqueda permanente de adecuación del poder con su imaginario.

¿Es capaz el poder de sacrificar su imaginario en aras de la realidad? No. Por eso insisto en el racismo cultural. de donde deriva el racismo discursivo o el racismo del discurso. Nuestro amigo Orlando Freyre hace referencia al eje central del otro racismo: el discursivo. En su expresión político-historiográfica, ese eje conceptual nos habla encomiablemente de aquellos que «construyeron la nación». Y a lo largo de su

ensayo se refleja el racismo de ese discurso. No implico a Freyre en una ola racista: le conozco hace tiempo y tengo pruebas en contrario. Menciono su ensayo, sin embargo, como ejemplo de cierto discurso heredado que se maneja desde premisas inconscientemente racistas. Ese racismo discursivo empieza diciendo: la nación cubana es esto, un pronombre demostrativo monocultural. ¿Qué es el esto? Puede ser cualquier cosa, su contenido es lo de menos, el asunto es justamente el esto, casi siempre definido negativamente. Este pronombre demostrativo cultural siempre nos dice que los demás están contra esto, o a favor de esto, o a mitad de camino en esto, o no forman parte de esto, o no se han integrado a esto. Ese es el racismo discursivo.

Como el discurso de la nación ha sido muy estrecho, es muy de aquello o lo otro sin matices (recordemos a Máximo Gómez y el movimiento extrapendular de los cubanos: el tú o yo en el espacio), pues la definición de esto ha supuesto una contradicción histórica con la realidad misma y la tensión que han vivido con la nación, no solo los negros, parte de ese discurso. Si hubiera empezado diciendo: la nación somos estos, pronombre demostrativo pluricultural, ya habría otra posibilidad. Pero la definición no empezó con somos, sino con es. Y ese es el gran problema histórico que parte de aquel discurso, apoyado por las armas, porque un discurso no se impone así por su fuerza demostrativa. Pero sin discurso, las armas no sirven.

La opción de que la nación cubana dijera somos estos estaba presente. Cuba, como nación imaginaria, es un invento de la modernidad que responde a una arquitectura político-cultural-ideológica de una elite. No parte de la evolución histórica de grupos étnicos milenariamente asentados y en desarrollo histórico. En la definición del es de la nación cubana, un español, el padre Bartolomé de las Casas, pre-

guntó: ¿bueno, y estos indios qué?, es decir: comienza por una identificación del otro, una identidad del otro, un reconocimiento del otro, algo que era inevitable porque la nación cubana es una nación moderna. Sin embargo, el otro no define el es de la nación y ahí empezaron nuestros problemas. De ahí que el racismo institucional en la cultura y el discurso racista de qué es la nación tengan un vínculo muy estrecho.

El otro racismo institucional es el sociológico, que deriva de los dos anteriores. Las clases medias negras y mestizas cubanas fueron barridas. ¿Por qué barridas? Porque estaban atrapadas por el racismo cultural y el racismo del discurso de la nación. Y ellos empobrecieron a las clases medias, hasta ahora. Empobrecieron a negros y a mestizos. Al leer la historia se sabe que en La Habana, a principios del siglo XIX, entre el 20-40 % de los oficios eran dominados por negros y mulatos. Estos oficios son los que generan una tradición cultural en naciones modernas, como se conoce del ejemplo de Italia. De manera que se genera, desde el racismo de imagen y desde el racismo del discurso, una desigualdad económica, que estaba siendo gradualmente eliminada en todas las ciudades medianas de Cuba donde habitaban importantes grupos de negros y mestizos. Históricamente, negros y mestizos se desenvuelven económica, social y culturalmente en las ciudades, en el espacio cultural del llamado Nuevo Mundo. Un fenómeno sociológico provocado por la no posesión de la tierra, ni originaria ni conquistada.

De modo que el racismo en Cuba no solo puede ser el reflejo de las desigualdades económicas históricamente originadas, sino que produjo desigualdades socio-económicas allí donde estaban siendo o habían sido eliminadas. Una desigualdad que tiene al racismo

como origen recreado y fuente que se re-
troalimenta. Invirtiendo la lectura marxista,
diría que mientras persistan las condiciones
que propician el racismo, habrá desigualdad
económica en Cuba.

El otro racismo es el ideológico. Ese es el
racismo social producido por el hecho políti-
co, que no solo margina a negros y a mestizos,
sin también a católicos, protestantes, *bahais*,
musulmanes, confucianos, budistas... Las
ideologías no son más que subproductos de
una cosmovisión cultural. Por sí mismas no
tienen sustento. La ideología es el subproduc-
to de la visión cultural hegemónica de una
época, de un momento y país, sin la cual no
podría anidar sociológicamente. Por eso hay
naciones en las que la ideología comunista
no camina. No porque sean anticomunistas,
sino porque la visión y el sustrato culturales
de esas sociedades no compatibilizan con la
ideología comunista. Caso clásico: Holan-
da, el país liberal por excelencia, el país de
Erasmus de Rotterdam. Por su sustrato sería
extraño para los holandeses un núcleo de co-
munistas por barrios y comunidades rigien-
do su vida e intentando definir el modo de
convivencia. No por gusto el comunismo se
enraza en sociedades con una larga tradición
católica, en las que la moral y el sentido de la
convivencia tienen un claro principio externo
de organización y legitimación.

Desde el hecho político entonces se ins-
tituye el racismo ideológico en lugares cuya
planta cultural lo tolera. En el caso de Cuba
no solo afecta a negros y mestizos, sino que
afecta a católicos y al resto de las cosmovi-
siones. Los católicos, por ejemplo, generarían
también una visión ideológica que, como
subproducto de su visión del hombre, sobre
todo de su origen, de su relación con el res-
to de los hombres, la naturaleza y el Estado,
produciría una particular visión ideológica

que ya existe, por cierto, en los partidos demo-
cratacristianos de Europa, hoy llamados Popu-
lares. Desde esta perspectiva, considero que el
racismo en la actualidad no coincide necesaria-
mente con su origen en las diferencias étnicas
y/o raciales o del color de la piel. Y ese es un
punto al que quiero llegar, porque si el racismo
hoy se relacionara solo con su origen etimoló-
gico, el nazismo no podría ser considerado ra-
cismo. Al mirar a África, los nazis decían que
los negros no eran el problema. El racismo de
los nazis era con los propios blancos, con los
que se consideran o consideraban como blan-
cos, divididos por diferencias étnico-culturales,
pero no etno-raciales.

Este es un punto esencial para entender al
racismo como una cosmovisión cultural que, si
bien puede tener y tiene nacimiento en la pri-
mera diferenciación por el color de la piel, por
el origen racial o puramente étnico, ya logra su
larga vida por razones estrictamente culturales,
que tienen que ver con la visión y con la men-
talidad. Y que se diferencian e incluso se divor-
cian y se van alejando de su propio origen: de
ese primer contacto asustadizo entre personas
de diferente raza o color de la piel. Porque en
última instancia el racismo requiere de una vi-
sión integrada que puede coincidir con la raza,
pero que también se separa de sus orígenes ra-
ciales para poder durar. En el mundo plural y
abierto, hoy por hoy, nadie en su sano juicio di-
ría que está contra los negros por el color de su
piel. En Cuba puede que suceda, tratándose de
un espacio plural y cerrado y, por tanto, poco
sofisticado, pero es difícil que pueda sostenerse
fuera de nuestras fronteras. Allí te atrapa la ley.
Sin embargo el racismo perdura. Y este racismo
ideológico que en Cuba es institucional está re-
cogido en el artículo 5 de la Constitución, que
prescribe una condición política de vanguar-
dia, por autodefinition, y establece la superio-
ridad de un grupo sobre el resto de los grupos

culturales. Esa superioridad funda institucionalmente el racismo desde la ideología. De ahí se pasa al racismo institucionalizado en la ley.

Esta unidad del racismo institucionalizado como palimpsesto, que conecta la multiplicidad de racismos institucionalizados en escrituras sucesivas, termina con la peligrosidad social enmarcada en una ley racista. Ese palimpsesto enquistado al racismo en una trama compleja, que es entendible en términos históricos, pero inexplicable desde una modernidad construida. Cuba no tenía que ser, hoy por hoy, racista. El primer país donde se establece un partido organizado por la raza en el hemisferio occidental a principios del siglo XX es Cuba. No fueron ni Brasil ni los Estados Unidos. El primer país donde negros, mulatos y blancos vivían juntos en la mayoría de los barrios cubanos, que por cierto eran marginales, es Cuba, no los Estados Unidos ni Brasil. El primer país donde la música recoge con fuerza y fusión

tremendas su herencia diversa es Cuba, no Brasil ni los Estados Unidos. El primer país donde la relación proporcional entre quienes hacen la política y definen la política desde su pluralidad, sea étnica, racial, cultural o ideológica, en determinado momento, fue Cuba, independientemente del racismo y de que a Fulgencio Batista no le dejaran entrar en determinados clubes.

Cuba describía un proceso social que, gradualmente, nos iba colocando en el puesto de avanzada de la posracialidad, y sin las derivas peligrosas del multiculturalismo ideológico. Por eso la persistencia del racismo en Cuba es un crimen de lesa historia, en una sociedad que aparentemente avanzó hacia delante, solo para regresar a su estructura societaria colonial. El futuro así visualizado pertenece a los optimistas. Entre ellos me encuentro.